

NÚM. XXII

L'HÔPITAL.

(1505-1573.)

Me ha agradado siempre la idea de aquel sabio antiguo que, para corregirse, elegía en la historia un personaje virtuoso, á cuyos ojos imaginaba pasar la vida, y cuyo sufragio procuraba merecer. Espectador invisible y mudo, de continuo estaba en su presencia, sin apartar de él la vista, siguiéndole en las pruebas de la vida pública, como en el recogimiento de la privada, que tiene también las suyas. Siervo voluntario de la virtud que evocaba de la tumba, desnudaba su corazón ante ella, y la admitía á las más íntimas deliberaciones de su alma. Nada ilustra y fortifica tanto como semejante manera de personificar la conciencia en un hombre de bien que habita dentro de nosotros, y que, quitándonos la eventualidad de esa impunidad secreta que nos permitimos de una culpa sin confidente y sin testigo, nos preserva de las tentaciones del aislamiento. Esta ficción de un perpétuo diálogo, de una confesión mental constante, fué adoptada por una sociedad religiosa de nuestros días, aplicándola á la perfección de la vida mediante la devoción y ante los ojos siempre abiertos de la Divinidad.

Desde luego se comprende cuán importante y difícil sería para nuestro sabio la elección de ese árbitro supremo; estudiaba sus conveniencias como la de una unión indisoluble, pues una vez elegido, resultaba un inexorable pacto, del cual una buena conciencia no pretendía desembarazarse. Nada más sagrado que estos votos internos, que suponen en nosotros los dos hombres tan bien conocidos por Luis XIV: un juez demasiado indulgente hubiera sido un casuista hábil en capitular con el vicio; demasiado severo, hubiera reducido la fragilidad humana á desesperar de sí misma. Los unos se dirigían á la escuela de Epicuro, en la que Aristipo legitimaba el deleite con el ingenio y el gusto; los otros se ajustaban al modelo de Sócrates, cuya frente creían ver alargarse ó encogerse conforme se alejaban ó se acercaban á su moral; los más fuertes, ó si se quiere los más audaces, pedían al estoi-

cismo un censor inexorable. Cuando la prosa ingeniosa y pintoresca de Amyot dió á conocer en Francia á Plutarco, los personajes ilustres de aquel tiempo se empeñaron en imitar á los de Atenas y Roma; el duque de Guisa escogió á Escipión, aunque propendía hácia César; el marqués de Brissac á Fabio; el condestable de Montmorency á Catón el censor; Châtillon á Catón de Útica; predilecciones fastuosas, estériles para ellos y para su patria.

Si un magistrado de hoy, que no puede separar sus deberes de las dificultades políticas que le rodean, quisiera fortificarse adoptando un gran modelo, ¿con cuál, entre los genios de los tiempos antiguos ó de los modernos, contraería alianza? No bastaría una vida irreprochable, pues que nuestro peligro no es contaminar la nuestra, ni de tales socorros necesitamos. Nos sería preciso un elevado entendimiento que ejercitado en la vida pública en tiempo de pasiones, formado en esa gimnástica de los hombres de Estado, y saliendo de las pruebas en que nosotros entramos, las empezase de nuevo con nosotros, y nos sirviese de guía. Esa vida entera de magistrado, que después de atravesar todas las peripecias de una larga revolución adquirió la verdadera filosofía de tan difíciles tiempos, puede ofrecérsela Miguel de L'Hôpital.

L'Hôpital pertenece al siglo XVI, una de esas épocas laboriosas y fecundas en que las sociedades humanas se proponen resolver alguno de sus mayores problemas, primero con la especulación y luego con las armas. Un dardo encendido parte de las regiones de la filosofía, atraviesa los pueblos que inflama y sube á la esfera positiva; siendo tal el orden establecido por la Providencia, que una crisis intelectual es la preparación necesaria de toda revolución que debe llegar á ser nacional. Entre dos partidos furiosos que anuncian la guerra con sus disputas, y se degüellan argumentando, en medio de muertes, conjuraciones, suplicios, represalias, se ve aparecer como un busto antiguo, al través de una nube de polvo, el sem-

blante noble y sencillo de L'Hôpital, en el que sus contemporáneos creían distinguir las facciones homéricas de San Jerónimo.

Su infancia fué una verdadera felicidad de su destino, rodeada de ejemplos domésticos, propios para sembrar en su alma las altas virtudes que estaba llamado á practicar. Su padre era vasallo y médico del condestable de Borbon, y algunos beneficios de este habían estrechado con el reconocimiento el vínculo feudal; de modo que cuando el condestable, de enemigo de Francisco I y de la reina madre, pasó á ser enemigo de la Francia, hallóse el padre de L'Hôpital en una perplejidad, como la que han experimentado muchos en nuestros días. Pero no confundió lo que debía á este príncipe con lo que debía á la patria; acompañado de su hijo, siguió al condestable al destierro, fiel á su desgracia, sin asociarse á su atentado, y Carlos V no le vió en su campo. Así L'Hôpital, al entrar en el mundo, aprendió desde la primera lección cómo se ha de entender la fidelidad. La enemistad personal no es un pretexto para formar alianza con los extranjeros, ni aun la injusticia daría derecho á ello; pues si un hombre puede agravarnos, jamás nos asiste la razón contra la patria, que es inviolable.

El joven L'Hôpital pasó el tiempo de la guerra en las escuelas entonces tan célebres de Italia; la universidad de Padua le hizo profundo juriconsulto, y cuando el condestable recibió la muerte al pie de los muros de Roma, la ciencia de L'Hôpital, no menos que el crédito del cardenal de Grammont, desarmaron la cólera de Francisco I, en la que aquel había sido envuelto con su padre, pudiendo entrar en Francia y enriquecer los tribunales de París con los tesoros de erudición que traía de Italia: pues L'Hôpital fué primero abogado, y en esta noble profesión acabó de formar su razón y de fortalecer su alma.

La circunstancia de su matrimonio, en que se ha fijado poco la atención, no dejó de influir en el curso de sus ideas, dirigiéndole á la tolerancia. Era la época en que el Catolicismo, molestado en el dominio exclusivo de las ciencias, se ensañaba contra la Reforma que pretendía entrar en participación con él y se propagaba por medio de suplicios. Morin, lugarteniente criminal, pertenecía á esos entendimientos estrictos y severos á los cuales una fe viva excita á la persecución, y á quienes el sentimiento del deber hace crueles. Su hijo, por un fenómeno que se ve reproducido en las turbulencias de Inglaterra, se separó de la religión paterna, convirtiéndose al protestantismo en vista de los suplicios con que se le perseguía. Es sabido que el padre de Clarendon, entusiasta por la Revolución inglesa, y que quería depositar el germen de ella en el alma de su hijo, fué atacado de apoplejía en el fervor de una declamación política; y aquel espectáculo hirió de tal modo la imaginación del hijo que después siguió el partido de los Estuardos. La

violencia ha sido siempre mal medio de proporcionarse sectarios.

L'Hôpital, católico sincero, se casó con la hija del lugarteniente criminal, que se había vuelto calvinista por indocilidad concienzuda hácia su padre. El que cuidaba de la gloria del futuro canciller parece haber colocado junto á L'Hôpital un adepto de la secta proscrita, para enseñarle que una opinión censurada puede residir en un corazón digno de ser amado, y moderar el exceso del celo religioso mediante la dulce y modesta virtud de una esposa. Para un hombre condenado á vivir en medio de las facciones, es una fortuna poder acercarse así á su adversario y experimentarlo; en la distancia á que solemos situarnos la vista se deslumbra, el espíritu se exalta, el odio germina; los objetos examinados de más cerca se reducen á las proporciones naturales; las ideas se rectifican, y nos admiramos de poder vivir con quien nos causaba horror. Cuando las circunstancias no sirven al hombre político espontáneamente, de modo que conduzcan á su lado al adversario, convendría que colocase el pensamiento en la parte opuesta al punto que ocupa, y se identificase un instante con aquellos que tienen en cargo de refutar y combatir. El acaso ahorró este esfuerzo á L'Hôpital, dándole por compañera á una calvinista.

Acercábase el tiempo de las grandes pruebas; el protestantismo se había fecundizado con su propia sangre; el suplicio de Ana Dubour irritó á los reformados, y la impotente conjuración de Amboise á la corte. El príncipe de Condé, que se había dejado poner al frente de los reformados, yacía en una especie de cautiverio, protegido solo por su nacimiento: el duque de Guisa, elevado á lugarteniente general del reino, veía aumentarse su poder, como acontece siempre después de una conspiración reprimida: de una á otra parte se dirigían odiosas reconveniones y terribles amenazas; la guerra civil bramaba debajo de tierra; un no sé qué lamentable y siniestro dominaba esta escena del siglo XVI y esparcía cierto pavor en las cercanías del poder. En tales coyunturas fué llamado á desempeñar el cargo de canciller un hombre cuya máxima era que « las opiniones se mudan, no por la violencia, sino por la súplica y la razón, » y que aceptaba el ministerio firmemente resuelto á llevar á cabo este dogma suyo.

Detengámonos un poco, que bien merece contemplarse semejante espectáculo. Orgullosos hijos de este siglo tan adelantado en la ciencia de las franquicias sociales, nosotros á quienes basta abrir los códigos para hallar en ellos la libertad de cultos protegida por la ley, no nos harémos cargo del valor que necesitaron nuestros padres para conquistar un derecho hoy inatacable. ¡Ah! ¡tal es nuestra condición! Pocas verdades existen que no hayan costado inmensas fatigas, llegando hasta nosotros al través de la sangre de una guerra

furios. Los tiempos de perturbacion social engendran ordinariamente las pasiones sombrías, las crueles paradojas, las leyes sañudas, y no es el menor delito de las guerras civiles depravar los corazones con el odio ó el desprecio de los hombres. Es notable que el entendimiento humano haya dado los mayores escándalos en las épocas peores de la historia. Cuando Lucrecio, abusando de la poesía, la extravió de su origen celeste hasta hacerla cómplice del ateísmo, habia visto las facciones de Mario y Sila. Si Maquiavelo fundó la funesta ciencia á que dió nombre, la posteridad ha hecho responsables de este crimen del genio á los disturbios de su país. Los desastres de Inglaterra en tiempo de Carlos I presentaron á la melancolía de Hobbes los negros fantasmas con que pobló su libro. Privilegio de las almas grandes es conservar, en medio de los delitos, aquella filosofía que solo ve nuestras desgracias y busca en ellas un remedio. Se escoge mal el momento en que la humanidad padece, para corregirla.

El virtuoso magistrado que, desde la infancia, habia aprendido á no sacrificar la patria á sus afectos, que no comprendia que se destrozase el país, ni aun por el interes del Cielo, aun ménos lo comprenderia por el sórdido interes del poder. Las pasiones del siglo XVI eran, en su sinceridad, mas dignas de indul-

gencia que las intrigas del nuestro, y mas excusable me parece la fe ingenua de un mundo que se despertaba á la vida social que nuestras paradojas sin conviccion y nuestros furoros sin fanatismo. En otro tiempo, despues de una escena de matanza, levantábase el pueblo lleno de indignacion y de espanto, y el incendio se propagaba como el rayo; hoy se sopla cada año sobre carbones que se apagan, y brotan algunas chispas que pronto desaparecerán.

La desgracia de los hombres de Estado contemporáneos de L'Hôpital era no poseer su genio, y quedarse atras de un magistrado que se anticipaba á su siglo. Nuestros jefes de partido tienen luces que no ven, una experiencia que muestran no querer; tratan de olvidar lo que saben, persuadir el error de que están desengañados; retroceden en la civilizacion, y se rebajan... no solo carecen de la ilusion del fanatismo, pero ni siquiera tienen la excusa de la necesidad. Las creencias del siglo XVI estaban reducidas, para proporcionarse un puesto insignificante que la sociedad les negaba, á creárselo con la espada, junto al hogar doméstico ó en el desierto; mientras que cada opinion del siglo XIX ocupa un ancho puesto, con la condicion única de no cometer actos culpables.

C. G. HELL, *Discurso en la apertura del tribunal de Casacion en 1832.*

NÚM. XXIII

BARNEVELDT.

(1549 - 1619.)

Juan Olden de Barneveldt, abogado de los Estados de Holanda en tiempo de la guerra de la Independencia, uno de los mas ilustres ciudadanos de la República de las Provincias Unidas, nació en 1549 en Amsterdam de una antigua familia del país de Utrecht. Recibió una educacion esmeradísima, y dejó escritos los pormenores de sus primeros años. Empezó á estudiar derecho en el Haya, y de allí pasó sucesivamente á Lovaina y á Bourges para concluir los estudios; obligado por la guerra civil, como muchos otros estudiantes, á abandonar la Francia, se dirigió á Basilea y en seguida á Colonia. Al estudio del derecho y de la política habia unido, como era costumbre general, el de la teología, y en la escuela de Heidelberg acabó de perfeccionarse en esta ciencia, entónces de grande importancia. Viajó luego dos años por Alemania é Italia, y volvió á establecerse como abogado en el Haya, de edad de veintitres años. Se estaba entónces en lo mas reñido de la guerra de los Países Bajos contra España, y Barneveldt se alistó como voluntario en la milicia; llevó las armas delante de Harlem y de Leidem; pero la índole de su ingenio no le llamaba á los campamentos, sino á combatir gloriosamente por la libertad de su país en la difícil arena de la diplomacia y de los trabajos parlamentarios. En 1576, no contando aun treinta años, fué nombrado consejero y pensionario de la ciudad de Rotterdam, y empezó á tomar parte en los asuntos políticos de su país, que se hallaba entónces en ese estado de complicacion y de incertidumbre que sigue siempre á una gran revolucion política, particularmente cuando con ella se mezclan cuestiones religiosas, y Holanda tenia que sufrir aun mucho ántes de librarse de las malas pestes.

En 1584 el asesinato del príncipe de Orange agravó la condicion de los Países Bajos. Continuaba, es verdad, el tratado de union; pero era fácil conocer que las ligaduras federales se aflojaban y perdian fuerza. Los Estados Generales habian nombrado *stathouder*, en lugar de

su padre, al joven Mauricio, que no tenia diez y siete años; pero su juventud impedia que las provincias depositasen en él gran confianza. Al contrario los Españoles, mandados por el duque de Parma, se encontraban en excelente estado; poseían muchas de las mejores ciudades, y habian sitiado y estrechado vivamente otras; los Vallones habian cedido; Flandes estaba sometida; el Bravante reducido al último apuro; amenazadas la Holanda y la Zelanda; mal defendido el resto del país, pues el ejército no contaba arriba de cinco mil soldados, y casi exhausto el erario. Los Estados Generales, conociendo su impotencia, enviaron una diputacion á Enrique III de Francia, á principios de enero de 1583, ofreciéndole la soberanía de los Países Bajos, con la sola condicion de que no introdujese mas religion que la reformada, y de que nombrase gobernador general á un señor protestante, asistido de un consejo de personas del país, cuya eleccion aprobarian los Estados Generales, facultados para reunirse dos veces al año. De este modo consentian en reconocerle por rey, con los mismos derechos que habia gozado Carlos V. Enrique, á quien daban mucho que hacer en su reino, tanto la liga como los protestantes, y que por otra parte no queria atraerse la enemistad de España, despues de alguna dilacion, rehusó definitivamente; así, pues, los Estados, cada vez mas apremiados por los Españoles, que eran dueños de Ambéres y de Brusélas, acudieron en último caso á Inglaterra.

En junio una nueva embajada fué á ofrecer á Isabel la soberanía de los Países Bajos, con las mismas condiciones que á Enrique, y en ella figuraba dignamente Barneveldt, elegido por Holanda. La reina, harto precavida para empeñarse así de repente en asunto tan dudoso, y cargar sola con todo el peso de la guerra, respondió que no queria se la echase en cara haber invadido un Estado, al que su corona no le daba ningun derecho; pero que haria lo posible para libertar de la opresion á antiguos y fieles aliados. Declinando, pues, la calidad de

civil ó de las manos del verdugo. Dios, abandonando el mundo á nuestras disputas, no exceptuó siquiera la evidencia, y el derecho de adorar cada cual á su manera, este derecho tan sencillo que no se comprende como haya podido ponerse en duda, necesitó una larga tormenta que lo arrojase sobre nuestras orillas, donde el siglo XVIII no acudió á recogerlo sino despues que las olas se hubieron retirado. Existen otras verdades, que nuestros nietos se admirarán de que encontraran tantos tropiezos en el presente siglo.

El primer adversario contra quien el nuevo canciller tuvo que medir sus fuerzas, fué la Inquisicion, que trataba entónces de introducirse en Francia bajo los auspicios del cardenal de Lorena. La resistencia de L'Hôpital tomó toda la energía de la virtud indignada; y el edicto de Romorantin, obra suya, arregló la jurisdiccion *eclesiástica* en materia de herejías y cerró la Francia á aquel azote.

L'Hôpital empezó sin mas demora el grande asunto de toda su vida, la obra de la paz religiosa. Su primera idea en esta calamidad pública fué invocar la ayuda de los Estados Generales, representacion ciertamente imperfecta de una nacion apenas formada, pero tradicion preciosa de la libertad de la edad média. La ambicion de los Guisas se creyó amenazada si los Estados generales salian de su largo sueño, y L'Hôpital tuvo que recurrir á la asamblea de los notables, como medio preparatorio. Coligny se presentó allí, y defendió patéticamente á sus hermanos: dos preladados, el obispo de Valence y el arzobispo de Viena se inspiraron de los preceptos del Evangelio para desaprobar la persecucion, y los Guisas no osaron resistir á inclinacion tan generosa, y el edicto que convocó los Estados Generales, suspendió las persecuciones por culpas de herejía. L'Hôpital triunfaba y se acercaba á su meta; pero el ardor indisciplinado de la faccion calvinista, por quien intercedia, lo separó pronto de ella. Los calvinistas se sublevaron en el Mediodía, y al abrirse los Estados Generales, el príncipe de Condé, preso, no debió la vida sino á haberse negado L'Hôpital á firmar una sentencia expedida por una comision judicial. Así el canciller experimentó el dolor de verse refutado por los excesos de los que defendía; no siendo por eso ménos noble su discurso á las tres órdenes, reunidas en Orleans: « Quitemos » para siempre estos nombres funestos, nombres de partidos y de sediciones, luteranos, hugonotes, papistas; no cambiemos el hermoso nombre de Cristianos. » Pero semejantes discursos, donde brilló la primera chispa de elocuencia deliberativa en Francia, no hallaron mas que corazones cerrados por la cólera á la persuasion.

L'Hôpital procuró consolarse de esta derrota política con prudentes reformas en los tribunales. De las dolorosas ocupaciones de la guerra civil solia descender á los mas sencillos por-

menores de la administracion judicial; el edicto de las segundas nupcias es del mismo año que la conjuracion de Amboise; el decreto de Orleans corresponde al tiempo del triunvirato. Esta facultad de abstraerse en el seno de las crisis sociales ha sido concedida á pocos; necesitase tanta fuerza de entendimiento como de alma para encerrar en sí la tranquilidad cuando ruge la tormenta, para meditar las leyes en medio de cadáveres, y escribirlas entre la sangre.

Entretanto los Católicos penetraban en el domicilio de los protestantes para impedir las reuniones ilícitas. Es inútil decir que el edicto con que L'Hôpital prohibió tan violentas pesquisas, excitó la indignacion del parlamento. El ministro hubo menester de su firmeza hasta contra los órganos de la justicia, y pronto, á pesar de aquella oposicion, un nuevo edicto permitió á los calvinistas la celebracion de su culto dentro de las casas. Pero el cardenal de Lorena no los dejó gozar de sosiego de la incompleta concesion, y concibió la idea de una proposicion que basta para pintar el espíritu de aquel siglo disputador y guerrero. Hoy la lid se hubiera empeñado en los periódicos: el cardenal ofreció terminarla en una conferencia, donde se oyese á los doctores de ambas comuniones; especie de cartel que en el siglo XVI suplía por la prensa periódica actual, y donde la erudicion y la dialéctica iban á aguzar armas mas peligrosas. Una discusion en que la primera proposicion de una de las partes es un escándalo para la otra, deberia evitarse como un peligro. Entónces los entendimientos se irritan sin convencerse; cada comision cantó victoria en un proceso, que no era aun decidido por su verdadero juez, y la guerra civil progresaba en virtud de los mismos esfuerzos intentados para impedirla.

L'Hôpital conoció que no le restaba mas que suplir con el vigor de su voluntad una transaccion ya imposible, y usar de un poder absoluto para imponer una paz en que no se que-ria de buen grado convenir. En enero de 1562 un edicto proclamó la tolerancia religiosa, con la simple precaucion de que los calvinistas predicasen fuera de las ciudades. Primer decreto en Francia en que la libertad de cultos revistió formas legislativas.

Pero nuestro gran magistrado debia ser vencido por la violencia cuantas veces saliera vencedor en el terreno legal. Apenas creía haber completado su obra en el inmortal edicto de enero, cuando, atravesando el duque de Guisa con numeroso séquito el pueblo de Vassy, mientras los protestantes asistian á un sermón, sus secuaces, para vengar el insulto recibido, se precipitaron sobre aquella poblacion desarmada, matando á muchísimos. ¡Acto funesto, que abrió la larga carrera de las guerras civiles, cerrada por Richelieu! La campana de Vassy sonó de un modo lúgubre en las llanuras de Dreux, de Saint-Denis, de Jarnac, de Moncon-

tour, prolongándose el sonido hasta morir sesenta años despues ante los muros de la Rochela. Ignórase si Guisa aprobó aquella vil barbarie; pero cuando se le habló del edicto de enero, dicen que contestó echando mano á la espada: « El canciller hubiera querido someter al orden legal esta independencia facciosa. »

La perseverancia en reanudar una trama continuamente rota no es el rasgo ménos marcado de su fisonomía, y él mismo comparó su fatiga á la de Sísifo. La batalla de Dreux habia sido perdida por los reformados, y Guisa sucumbió á los golpes de Poltrot. Despues de este desastre de los calvinistas y de este asesinato que podia imputárseles, tuvo la constancia de intentar otra pacificacion, y la inesperada fortuna de alcanzarla; el principio del edicto de enero sobrenadó aun algunos dias, para sumergirse pronto en olas de sangre.

¿Hase meditado bien cuánto valor se necesita para tener un solo razon contra los contemporáneos, especialmente en medio del pueblo del mundo donde mas impera la preocupacion, y que mejor sabe vengarse de los que le contrarian? Los Franceses están siempre próximos al desaliento, cuando exteriormente todo los abandona y rechaza, y cuando, para aliviar el peso de sus incertidumbres, no les queda mas recurso que concentrarse en sí mismos. Solo las almas elevadas son capaces de entusiasmarse por una verdad especulativa, cuya época no ha llegado aun. L'Hôpital era uno de esos hombres ardientes en la conviccion, que cuando un principio no puede desarrollarse en un suelo rebelde, arrojan las semillas al acaso en el porvenir, y las recomiendan á las generaciones futuras. ¡Qué hermoso monumento del año 1562 quedó en pie en medio de las ruinas!

Ni el aislamiento de L'Hôpital en una corte donde su presencia era una reconvenccion, ni el vértigo universal que arrastraba á la guerra civil, pudieron vencer su constancia. Habiendo sido convocada otra asamblea de los grandes del reino, el inflexible magistrado, ante una corte contaminada de delitos y que meditaba el mayor de todos, osó desenvolver esta hermosa idea: « No hay en ningun caso razon para no aplicar la ley. » Delante de tantos criminales que creían la grandeza inaccesible á la justicia, elegir semejante tésis era pecar de temerario; así la virtud de L'Hôpital se hizo importuna. Catalina de Médicis habia traído de sus conferencias con el duque de Alba un sentimiento de prevencion hácia el canciller. El espíritu de partido le reservaba como última prueba la mas cruel calumnia, inspirando sospechas respecto de su catolicismo; pues siempre la faccion cuyos excesos no se quiere compartir, acusa al que no marcha en fila de ir contra ella. Por último, L'Hôpital conoció su derrota, y se retiró de un siglo donde él solo representaba á la posteridad. La corte de Carlos IX, como un torrente despues de roto el dique, se precipitó entónces en los horrores de

la jornada de San Bartolomé. La casa de L'Hôpital se vió rodeada de asesinos, á los cuales iba á abrir las puertas cuando un destacamento enviado por la reina acudió á protegerle; socorro que debió envenenar un perdon que le envió Catalina, y que él declaró no comprender. Murió de dolor tan poco tiempo despues de aquella horrible jornada que se le cuenta entre sus víctimas; el filósofo, envuelto en su capa, terminó la hermosa vida que tantos panegiristas han celebrado, y cuyo estudio ofrece todavía un interes que parece renovarse para nosotros.

Me agradaría pedir inspiraciones á semejante personaje; al enumerar sus nobles esfuerzos, me he persuadido de que la moral no es nunca tan poderosa como cuando se la ve residir y funcionar en un grande hombre, y que todo precepto es inferior á ejemplo tan insigne.

Supongamos ahora que L'Hôpital visitase nuestro mundo, al cual las pasiones políticas, si no el fanatismo religioso, han hecho tan parecido al suyo: ¿qué espíritu adoptaria entre nosotros? ¿en qué señales conoceria á sus imitadores? Ó he comprendido mal su vida, ó lo que lo hermosea es la alianza, estoy por decir clásica, de la firmeza con la moderacion; de la firmeza, virtud rara y difícil, próxima á un exceso con el cual se confunde, y que no se mantiene pura sino apoyándose en una razon superior; de la moderacion, que es una de las modificaciones de la fuerza, como la violencia es uno de los síntomas de la debilidad, y que, en tiempo de pruebas, colocarse entre la rebelion y la inquisicion, entre Guisa y Condé, entre Montluc y Des Adrets, tiene su heroísmo, su sublimidad. La energía hace sin duda las revoluciones; pero la moderacion las consolida, y asegura su duracion; no la moderacion páfida, hipócrita, enemiga de las virtudes cívicas, y cuyo soplo helado no deja nunca, en los dias de peligro de la patria, de insinuarse en los corazones para extinguir allí el fuego sagrado, sino aquella moderacion que procede de arma, cuya resistencia misma es generosidad, que distingue el verdadero momento en que es necesaria la energía, que mide cuanto conviene emplear, que la alimenta refrenándola, y á la que definiria con gusto diciendo que es la economía de la fuerza. Una verdad de observacion que nos cuesta muy cara es la de que toda revolucion, aun despues de consumada, conserva una propiedad excitante contra la que debe luchar la virtud. Cuanto mas generoso es su principio, mayor es la excitacion. Fórmase entónces no sé qué rápida generacion de excesos; de cada partido que se eleva brota uno nuevo, á riesgo de debilitarse, mientras que la moderacion consigue que una revolucion no se despedace en su triunfo, como la bomba dando en el blanco.

Lo que admiro en L'Hôpital es un amor de la humanidad, una piedad afectuosa hácia sus semejantes, no entibiados por los mas detestables